

YORU SUMINO

Quiero comerme
tu páncreas



CROSS
BOOKS

YORU SUMINO

*Quiero comerme
tu pancreas*

CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Kimi no suizo wo tabai*

© Yoru Sumino, 2015
Publicado por primera vez en Japón en 2015 por Futabasha Publishers Ltd., Tokio.
Derechos de traducción al español acordados con Futabasha Publishers Ltd. a través de Emily Publishing Company Ltd, Taiwán y Casanovas & Lynch Literary Agency, España.
Traducción de: Elizabeth Casals
© 2024, Grupo Editorial Planeta S. A. I. C.
Publicado bajo el sello Planeta®
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2024
ISBN: 978-84-08-28261-7
Depósito legal: B. 2.918-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Cero

El día del funeral de Sakura Yamauchi está gris y nublado, algo que no condice en absoluto con la personalidad de la chica que fue mi compañera de clase.

Imagino que habrá muchísimas personas que lloren en su funeral. El número de personas y las lágrimas son testimonio de que su vida significó algo; sin embargo, yo no estoy entre esas personas. Tampoco asistí a su velatorio anoche. Me quedé en casa todo el tiempo.

Solo una compañera de clase podría haberme obligado a asistir; supongo que tengo suerte, pues ella ya no pertenece a este mundo. Ni mis profesores ni sus padres tienen la autoridad ni el interés personal para pedirme que acuda. Pude tomar mi propia decisión y atenerme a ella.

Como todavía curso secundaria, estoy obligado a ir a clases, aunque nadie me lo pida. Pero ella murió durante las vacaciones y no quedó nada que me obligara a salir con este clima adverso.

Es por la mañana y saludo a mis padres, que se marchan a sus trabajos. Me preparo un desayuno improvisado antes de encerrarme en mi habitación. Si creen que me aíslan para escaparme de la tristeza o del vacío provocado por la pérdida, están equivocados.

Siempre fui de esos que se encierran en su cuarto, a menos que tuviera que ir al instituto o que mi antigua compañera de clase me arrastrara al mundo.

Cuando estoy en mi habitación suelo leer libros. No me gustan los educativos ni los de autoayuda; las novelas son mi escapatoria preferida. Me encanta tenderme en la cama con la cabeza apoyada sobre la almohada blanca y leer. Los de tapa dura son demasiado pesados; prefiero los de bolsillo.

El que estoy leyendo ahora me lo prestó ella: el único libro que atesoraba, ya que no era una gran lectora. Estuvo guardado en mi biblioteca durante un tiempo. Tenía la intención de leerlo y de devolvérselo antes de que falleciera, pero no llegué a tiempo.

Ahora ya no puedo cambiar eso. Imagino que le devolveré el libro a su familia cuando lo termine. Hasta entonces, postergaré mi visita para presentarles mis respetos a ella y a su familia.

Cuando termino el libro, ya es de noche. En algún momento cerré las cortinas y encendí la luz fluorescente del techo para poder seguir viendo. Suena mi teléfono, y solo entonces me doy cuenta del paso del tiempo.

La llamada no es importante: solo es mi madre. La ignoro. Llama una segunda vez y vuelvo a ignorarla. La tercera vez, supongo que la llamada tiene relación con la cena, así que descuelgo el teléfono y lo apoyo en mi oreja. Quiere que tenga listo el arroz antes de que ella llegue a casa. Le respondo que lo haré y cuelgo.

Antes de dejar el teléfono sobre mi escritorio, me doy cuenta de algo: apenas he tocado el dispositivo en dos días. No creo haberlo evitado adrede; es solo que no se me ocurrió levantarlo. Si esto tiene algún significado más profundo, lo desconozco.

Abro el teléfono plegable; busco entre los mensajes de

texto, luego en la carpeta de mensajes recibidos: cero mensajes sin leer. No puedo decir que me sorprenda. Luego miro en la carpeta de enviados. Aparte de las llamadas, veo pruebas de la última vez que lo usé.

Un mensaje de texto que le envié a la chica que fue mi compañera de clase.

Solo una oración.

No sé si ella llegó a leerlo.

Pienso en ir a la cocina, pero vuelvo a desplomarme en la cama. Solo puedo pensar en el mensaje que le envié.

¿Llegó a verlo?

Quiero comerme tu páncreas.

Si lo vio, ¿cómo reaccionó?

Me quedo dormido, intentando encontrar una respuesta.

El arroz no está listo cuando mi madre llega a casa.

No estoy seguro, pero creo que, en sueños, me reencuentro con la chica.

Uno

—Quiero comerme tu páncreas —dijo ella.

Oí el comentario incongruente mientras organizaba los libros en las estanterías polvorientas de la biblioteca del instituto; era mi responsabilidad como asistente de la bibliotecaria.

Pensé en ignorarla, pero ella y yo éramos las únicas personas allí y, sin duda, el comentario tenía la intención de provocar una curiosidad perversa. Es decir, me estaba hablando a mí.

Como no tenía otra opción, respondí sin darme la vuelta. Si ella estaba haciendo su trabajo, debía estar dándome la espalda.

—¿Acabas de darte cuenta de que eres caníbal? —pregunté.

Ella inspiró profundamente, tosió un poco debido al polvo y me explicó con cierto orgullo:

—Anoche vi un programa en la televisión. En la antigüedad, cuando alguien tenía un problema en una parte del cuerpo, se comía esa parte de algún animal.

Seguí sin mirarla.

—¿Y?

—Si tenían problemas en el hígado, comían hígado; si era en el estómago, comían estómago. Supongo que creían que eso los curaría. Entonces, quiero comerme tu páncreas.

—¿Mi páncreas?

—No veo el páncreas de ninguna otra persona por aquí —respondió con una risita.

Oí el ruido de libros de tapa dura siendo ordenados sobre un estante; así que ella seguía trabajando y no se había detenido para mirarme.

Respondí:

—Preferiría que no pusieras toda la presión de salvarte la vida sobre una víscera diminuta de mi cuerpo.

—Tienes razón. Con todo ese estrés podrías perder el estómago también.

—Ve a buscar otra persona, entonces.

—¿Como quién? No me gusta la idea de comerme a mi propia familia.

Volvió a lanzar una risita. Yo no. Me tomaba mi trabajo con mucha seriedad. Ojalá ella siguiera mi ejemplo.

Ella continuó:

—Por eso eres el único a quien se lo puedo pedir, [Compañero de clase que conoce mi secreto]-kun.

—Y en esa hipótesis que te imaginas, ¿no crees que voy a necesitar mi páncreas para mi propio uso?

—Ni siquiera sabes qué función cumple el páncreas —afirmó con tono burlón.

—Claro que sí.

Y lo sabía. Por supuesto, no siempre lo había sabido; había tenido que investigar. No habría tenido motivos para hacerlo de no haber sido por ella.

Mi respuesta la alegró y se volvió hacia mí. Me di cuenta por el sonido de su respiración y el movimiento de sus pies. Giré solo la cabeza y la miré rápidamente. Tenía una expre-

sión de tanta felicidad, su rostro plagado de gotas de sudor. Costaba creer que pronto estaría muerta.

No era la única que sudaba. Era el mes de julio, el calentamiento global arreciaba y al aire acondicionado le costaba llegar hasta la sala de archivo.

Ella soltó con regocijo:

—No me digas que lo buscaste.

Pude haber tratado de evadir la respuesta, pero ella estaba demasiado entusiasmada como para olvidar el tema. Era mejor zanjarlo de una vez.

—El páncreas regula la digestión y el metabolismo —declaré—. Por ejemplo, secreta insulina, que convierte el azúcar en energía utilizable. Sin el páncreas, la gente no puede crear energía y se muere. Lo siento, pero no puedo ofrecerte mi páncreas en bandeja.

Mientras volvía a concentrarme en mi trabajo, ella se rio a carcajadas. Imaginé que mi pequeña ocurrencia había salido mejor de lo que esperaba, pero ese no era el motivo de su risa.

—¡Qué te parece! —exclamó—. Después de todo, estás interesado en mí, ¿verdad?

Tardé un momento en pensar en una respuesta, y luego repliqué:

—Una compañera de clase que se muere de una enfermedad grave siempre resulta interesante.

—No, quiero decir en mí, como persona.

Hice una pausa.

—¿Quién sabe?

—¡Ay, venga! —dijo, volviéndose a reír. El calor debía de haberla aturdido y no pensaba con claridad. Me preocupé por su enfermedad.

Seguí trabajando en silencio hasta que la bibliotecaria vino a buscarnos.

Era hora de cerrar la biblioteca del instituto. Deslicé un libro fuera de su estante para marcar mi posición, y luego miré a mi alrededor para asegurarme de no olvidar ninguna de mis pertenencias. Nos alejamos de los sofocantes archivos y nos dirigimos al salón principal de la biblioteca, donde el aire fresco acarició mi piel sudorosa y me provocó un escalofrío.

—¡Se está tan bien aquí! —declaró mi compañera de clase mientras que, con una pirueta, se metía detrás del mostrador de circulación. Sacó un pañuelo de su bolso y se secó la cara. La seguí, pero a paso más lento y sin la pirueta, y también me sequé.

—Buen trabajo el de hoy —observó la bibliotecaria, una mujer de unos cuarenta años—. Podéis quedaros y descansar un poco si queréis. Servíos vosotros mismos, os preparé té y dulces.

—¡Vaya, gracias! —exclamó la chica.

—Se lo agradezco mucho —dije.

Bebí un sorbo del té frío y miré hacia la biblioteca. Todos los demás alumnos se habían retirado.

Mi compañera de clase le dio un bocado a un bollo dulce y declaró:

—Este *manjuu* está delicioso.

Tenía la costumbre de reaccionar ante cualquier cosa positiva que la rodeara.

Ya había cogido una silla de detrás del mostrador. Luego cogí un poco de pastel y alejé la otra silla antes de sentarme.

—Siento quitaros tiempo de estudio —manifestó la bibliotecaria—. Sé que los exámenes son la próxima semana.

—No se preocupe por eso —respondió la chica—. Siempre nos va bien, tenemos suerte en los estudios. ¿No es así, [Compañero de clase que conoce mi secreto]-kun?

—Claro —respondí con evasivas—. Siempre y cuando

preste atención en clase, me va bien. —Mordí el *manjuu*. Estaba realmente delicioso.

La bibliotecaria preguntó:

—¿Has pensado que estudiarás en la universidad, Yamauchi-san?

—Todavía no —respondió ella—. O quizá no tenga ni la necesidad de pensarlo.

—¿Y tú, [Alumno educado]-kun?

—Yo tampoco —respondí.

Mientras se comía un segundo *manjuu*, la chica protestó:

—No es posible, [Compañero de clase que conoce mi secreto]-kun. Debes pensar en el futuro.

Ignoré la intromisión y bebí otro sorbo de té. Era una bebida caliente de una marca conocida y estaba bastante buena.

La bibliotecaria dijo:

—Ambos debéis pensar en vuestro futuro. Si no prestáis atención, de repente seréis tan mayores como yo.

La chica me miró y luego rio amablemente antes de decir:

—Ah, eso no pasará. —Ambas se echaron a reír, pero yo no. Mordí otro bocado del dulce y lo acompañé con el té de cebada.

Mi compañera de clase tenía razón. Eso no iba a suceder.

Jamás iba a alcanzar la edad de la bibliotecaria, y solo ella y yo lo sabíamos. Mi compañera solo me había mirado, pero me pareció un gesto tan sutil como el guiño desde el escenario de alguna actriz de Hollywood contando un chiste.

Solo para que quede claro, no dejé de reírme porque su broma fuera demasiado arriesgada. Más bien me irritó su expresión de satisfacción consigo misma, como si dijera: «Mirad qué gracioso es lo que acabo de decir».

Sakura me devolvió mi falta de reacción con una mirada de enfado y frustración, y la mantuvo hasta que por fin esbocé una débil sonrisa.

Nos quedamos sentados en la biblioteca cerrada durante media hora antes de decidir volver a casa.

Pasaban apenas de las seis de la tarde cuando llegamos a la zona de los armarios de los zapatos en la entrada del instituto, pero el sol todavía era intenso. Al otro lado de la entrada abierta se oían las voces llenas de energía de los alumnos tras la clase de Educación Física.

—Hoy sí que hacía calor en la biblioteca —observó la chica.

—Sí —respondí.

—Espero que no haga tanto calor mañana. Por lo menos, no queda mucho para el fin de semana.

—Ya —respondí.

—¿Me estás escuchando? —quiso saber.

—Sí, te estoy escuchando.

Cambié mis zapatillas por mi calzado de calle y salí. Frente a la entrada principal del edificio había un pequeño patio y la puerta principal, y del otro lado del instituto, estaba la cancha. A medida que caminaba, las voces de los jugadores de béisbol y rugby se apagaban gradualmente.

Mi compañera de clase me alcanzó apretando el paso y me preguntó:

—¿Nadie te ha enseñado a escuchar a otra persona que está hablando?

—Claro que sí. Ya te dije que te estaba escuchando.

—Muy bien. Entonces, ¿de qué estaba hablando?

Pensé un momento y respondí:

—Del *manjuu*.

Con el tono de reprimenda alegre de una maestra de primaria señaló:

—¡No me estabas escuchando! No debes mentir.

Yo era bajo de estatura para un chico de mi edad y ella era alta para ser mujer, así que teníamos casi la misma altura.

Era agradable que alguien un poquito más bajo que yo me riñera.

—Perdón —dije—, estaba pensando en algo.

—¿Ah, sí?

Su ceño se relajó, como si nunca se hubiera fruncido. Se inclinó y me miró con un enorme interés. Apuré el paso para poner un poco de distancia, luego sacudí la cabeza y declaré:

—Sí, es algo que llevo pensando un tiempo. Muy seriamente.

—¡Vaya! Bueno, desembucha.

—Estuve pensando en ti.

Intenté que mi confesión no se convirtiera en una escena dramática. No dejé de caminar ni la miré, intenté expresarlo de la manera más despreocupada posible. Sabía que si se lo tomaba demasiado en serio, iba a ponerse pesada.

Pero ponerse pesada era su forma de ser y su reacción echó por tierra todas mis cuidadosas maniobras.

—¿En mí? —dijo, sin aliento—. ¿Es lo que creo que es? ¿Vas a confesarme tu amor? ¡Me da vergüenza!

Esperé hasta que terminara de hablar y luego respondí:

—No es en ese sentido.

—Te estoy escuchando.

Sin perder mi tono totalmente despreocupado, pregunté:

—¿En serio te apetece pasarte el poco tiempo que te queda organizando libros en la biblioteca del instituto?

Ella ladeó la cabeza, confundida.

—Pues sí, es evidente que sí. ¿Por qué no me iba a apetecer?

—No creo que tenga nada de evidente.

—¿No? —preguntó—. ¿Y qué sugieres que debería estar haciendo?

—¿No hay unas cuantas cosas que quieras hacer? ¿Como reunirte con tu primer amor o quizá hacer autostop en países

extranjeros hasta encontrar un lugar donde pasar tus últimos días?

Esta vez ella inclinó la cabeza en la dirección opuesta. Murmuró su desacuerdo y respondió:

—Entiendo lo que dices, pero... Verás, tú también tienes cosas que quieres hacer antes de morir, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Y sin embargo, no las haces. Cualquiera de los dos podría morir mañana. Es lo mismo para ti que para mí. Cada día tiene el mismo valor que otro. Lo que haya hecho o dejado de hacer hoy no cambia su valor. Y hoy me divertí mucho.

Pensé un momento, y luego hablé:

—De acuerdo.

Tenía razón. Por más que no quisiera darle la razón, descubrí que en su argumento había algo de verdad.

De la misma forma en que ella moriría pronto, yo también moriría. No podía saber cuándo, pero era una certeza. Era absolutamente posible que yo muriera antes que ella.

El hecho de verse obligada a enfrentar su propia mortalidad le había otorgado una extraordinaria percepción. Mi opinión sobre la chica que caminaba a mi lado cambió un poco.

No es que le importara lo que yo pensara de ella. Ella le caía bien a demasiadas personas como para que le importara la opinión de alguien como yo.

En ese momento, un chico con uniforme de fútbol llegó corriendo desde la entrada principal. En cuanto la vio, su rostro se iluminó.

Sakura también lo vio e hizo un gesto con la mano, diciendo:

—¡A ganar!

—Nos vemos, Sakura —respondió él.

Pasó corriendo junto a nosotros con una sonrisa despreocupada y paso lento y confiado. Estaba en nuestra clase, pero a mí ni siquiera me miró.

—Qué imbécil —dijo mi compañera—. Te ignoró, [Compañero de clase que conoce mi secreto]-kun. ¡Mañana tendré que enseñarle buenos modales!

—No es necesario. De verdad, no lo hagas. No me molesta.

Era verdad que no me molestaba. Por supuesto, el trato de nuestros compañeros de clase hacia ella o hacia mí era muy diferente, ya que no podíamos ser más distintos. Y nada cambiaría eso.

—Es por esa actitud por lo que no tienes amigos —declaró ella.

—Es solo la verdad. No pierdas el tiempo.

—¿Ves? —dijo con un suspiro—. A eso me refiero exactamente.

Habíamos llegado a la entrada principal. Mi casa y la de ella quedaban en direcciones opuestas; aquí nos separábamos siempre. Deseé que no tuviéramos que hacerlo.

—Hasta luego —me despedí. No iba a arrepentirme ahora.

Estaba a punto de alejarme cuando ella me detuvo diciendo:

—Escucha. Con respecto a lo que me dijiste...

Había una expresión de satisfacción en su rostro, con una sonrisa traviesa que significaba que quizá había pensado en alguna forma de fastidiarme. No sé qué cara puse, pero estoy seguro de que no expresaba satisfacción.

—Supongo que ya que insistes tanto en ayudarme a pasar el tiempo que me queda más sabiamente, podría permitirte.

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a hacer algo el domingo?

—¿Perdona? —respondí—. Tengo una cita con una chica. Es muy guapa, pero si no salgo con ella se pone histérica y todo se convierte en un problema.

—Es mentira, ¿verdad?

—Y si es mentira, ¿qué?

—Entonces está decidido —declaró—. Quedamos frente a la estación de tren el domingo a las once de la mañana. Lo anotaré en mi agenda, así que será mejor que vengas.

Sin mostrar preocupación ni esperar mi consentimiento, se despidió con la mano y empezó a caminar hacia su casa. Delante de ella, el cielo de verano anaranjado y rosa nos cobijaba y empezaba a volverse azul ultramar.

Sin despedirme con la mano, me di media vuelta y comencé a caminar. Mientras emprendía el habitual camino a casa, las bulliciosas conversaciones y risas del instituto se fueron apagando y el color azul profundo inundó poco a poco el resto del cielo. Vi las mismas calles que veía siempre y ella vio las mismas calles que veía siempre, pero tuve la sensación de que las veíamos de una forma completamente diferente.

Yo transitaría este mismo camino hasta que acabase el instituto.

¿Cuántas veces más transitaría ella el suyo?

Entonces recordé lo que ella había dicho. Yo no podía saber con exactitud cuántas veces más andaría por mi camino. No debería ver mi camino distinto del de ella.

Me apoyé un dedo en el cuello para asegurarme de que seguía vivo. Di un paso con cada pulsación de mi corazón y mi humor se agrió ante la forzada revelación sobre el carácter pasajero y frágil de mi vida.

Sopló una fresca brisa nocturna que me distrajo del hilo de mis pensamientos. Decidí pensar en algo más positivo: averiguar si el domingo saldría o no de mi casa.